

Siguen algunas películas más de calidad desigual hasta la muy interesante *Witness for the Prosecution/Testigo de cargo* (1958) dirigida por Billy Wilder, con Tyrone Power y Charles Laughton, y la pesada *Judgment at Nuremberg/Juicio en Nuremberg* (1961) de Stanley Kramer. En 1978, acepta salir de su reclusión para actuar en *Just a Gigolo* dirigida en Alemania por David Hemmings. La acción transcurre en el Berlín de los años 20 y el personaje de Marlene intenta resuscitar la atmósfera sensual y malsana de su eterno personaje. Su única escena, pero esperada y memorable, se filmó en París y fue integrada luego al resto del filme. Marlene mantiene una conversación con David Bowie, que se somete a una especie de examen para llegar a ser un buen gigoló. Filmada en campos y contracampos, David Bowie había filmado sus diálogos meses antes en Berlín y Marlene le dio la réplica en París.

En 1953, Marlene Dietrich había comenzado una nueva carrera en la escena, cantando sus canciones más célebres. Ceñida en su vestido blanco brillante de lentejuelas y cubierta con una larga estola de piel blanca, Marlene celebró su debut en un cabaret de las Vegas. Luego y durante más de veinte años, repitió el mismo *show* con el mismo éxito en cabarets, teatros o salones del mundo entero. Su aparición en escena y su mirada al público con una expresión que parecía decir: «¿Por qué perdéis el tiempo viniendo a verme a mí?», se repetía de continente en continente; en cada país modificaba apenas su repertorio añadiendo una canción en el idioma de ese país. No era la atmósfera del Berlín de los años 20, ni la de la época de von Sternberg, pero aun condescendiendo a los nuevos tiempos y modas, seguía siendo Marlene Dietrich. El repertorio no variaba, el éxito tampoco. El público que la admiraba le perdonaba las inexactitudes que decía ex profeso y que para la actriz eran verdades indiscutibles; tener a Marlene Dietrich en carne y hueso ante los ojos era suficiente. ¿Qué importa si la canción principal del *Ángel Azul* era cantada en inglés y no en alemán lo cual resultaba un anticlimax? ¿Qué importa si cantaba *Johnny* en alemán «porque nunca se había traducido la letra» cuando en el filme donde la cantó por primera vez (*The Song of Songs*), lo había hecho en inglés? ¿Qué importa si se apropiaba de la canción escrita por Friedrich Holländer para el filme *Die Stürme der Leidenschaft/La tempestad de las pasiones* (Robert Siodmak 1931) en el que Anna Sten había estado tan sublime como Marlene en *El Ángel Azul*, y la entonaba lánguidamente, sin la fuerza sensual requerida?

Marlene Dietrich, que nunca se había divorciado de su marido Rudolf Sieber, pero que vivía separada de él, fijó su residencia en París en los

años sesenta, en un departamento de la Avenue Montaigne. Mientras sus fuerzas se lo permitieron, invitó a amigos de antaño, o a jóvenes actores y actrices franceses, y solía asistir a algunos eventos y recepciones, pero tuvo la inteligencia de no formar parte de los círculos esnobs de lo que se suele llamar *Jet Set*.

Cocinaba muy bien y le encantaba hacerlo. Tenía sus secretos culinarios: para su célebre cocido, le eran necesarias ramas de perejil con las raíces que, bien lavadas, daban un gusto delicioso al plato, e iba en taxi a comprarlas a Orly Ville donde, según ella, estaba la única verdulería que las vendía. El carnicero de la rue Clément Marot que le conseguía las mejores carnes, lucía con orgullo sobre su tabla de descuartizar un enorme *poster* autografiado por la actriz.

Margo Lion, actriz sumamente personal y compañera de Marlene en revistas del Berlín de los años 20, frecuentaba su departamento. La amistad se había mantenido a través de guerras y prolongados alejamientos. Marlene la había sugerido para que desempeñara el segundo papel femenino en *Martin Roumagnac* (el de la hermana de Jean Gabin). Sin embargo, la amistad concluyó abruptamente en los años 80 cuando Marlene acusó a Margo de haberle robado la aspiradora. Dicen que cuando Margo Lion murió y le comunicaron la noticia a Marlene, ésta guardó un largo silencio que rompió con la frase: «Ahora estoy segura de que nunca recuperaré la aspiradora». Así era Marlene: capaz de gestos de gran generosidad (sufragó los gastos de hospitalización y operación de Elisabeth Bergner en una de las mejores clínicas de Londres)², o capaz también de romper a pedazos las fotos que algunos admiradores, después de esperar horas en la puerta de su casa, le tendían para que las firmase.

Se han escrito muchísimos libros sobre Marlene, y siguen apareciendo, sobre todo este año en el que se cumple su centenario. En plena era soviética se publicaron dos libros sobre ella en la URSS. También hubo biografías en rumano y en checoslovaco y, por supuesto, en lenguas más corrientes como el francés, el alemán o el inglés. Con mayor o menor calidad, aburridas o amenas, son todas obras bien informadas. Su hija, Maria Riva, publicó poco después de la muerte de la madre, una inmensa bio-

² *Marlene Dietrich veneraba como actriz a Elisabeth Bergner (1897-1986) que, en el teatro alemán, tuvo tanta trascendencia como Sarah Bernhardt o Eleonora Duse. Es interesante señalar que al mismo tiempo que Marlene filmaba en Hollywood Capricho imperial (1934), la Bergner también encarnaba en Londres a Catalina de Rusia en el filme Catherine the Great, dirigido por Paul Czinner con Douglas Fairbanks Jr.*

grafía que es ante todo un ajuste de cuentas: narra detalles que hacen sentir mal al lector, pero también aporta datos muy valiosos sobre ciertos momentos de la vida de la actriz así como sobre la preparación de las películas de von Sternberg. A mi juicio, el que mejor captó la esencia del ser humano Marlene Dietrich fue el actor francés Sacha Briquet, uno de los visitantes asiduos y amigos sinceros de la actriz durante los últimos treinta años de su vida³.

La propia Marlene Dietrich escribió a menudo artículos para revistas y una autobiografía publicada en Alemania en 1979, donde se explaya sobre su niñez en Alemania y sobre su actuación en la Segunda Guerra Mundial, dos temas que resultan apasionantes contados por ella. Pero habla muy poco de su trayectoria artística y de la gente que conoció, lo que en términos generales quita interés al libro.

Entre las obras de Marlene Dietrich vale la pena rescatar su *Marlene's ABC*, un pequeño diccionario que escribió o dictó y que publicó en 1962, donde por orden alfabético, toca los temas más dispares e insólitos, con una agudeza y una ironía que son innegablemente de ella⁴. «Horóscopos», «mármoles», «mercado», «Salvador Dalí», «jerga», «Goethe», «Goulash», «Soledad», «Hígado», «Gérard Philippe» son, tomadas al azar, algunas de las entradas del diccionario. Marlene nos transmite el secreto de su famoso cocido y de algunos otros platos (los huevos revueltos, una verdadera delicia, cuyo secreto reside en poner dos huevos enteros más una yema, y revolver fuera del fuego la preparación cuando ha comenzado a cuajarse hasta que tome la consistencia de una mahonesa) y define todos los países que ha visitado. Dice de España: «El más romántico de los países». De Francia: «Aprendí el idioma a los cuatro años. Amé al país y a sus habitantes mucho antes de conocerlos. Es un amor que, contra toda lógica, me hizo muy feliz». De la Argentina: «Me gusta el país. Y Buenos Aires en particular. Me recordó París por la generosidad de su espacio y por la cantidad de gente culta que conocí. Sorprende la información de los críticos sobre el mundo teatral y sobre el cine hasta en sus aspectos más técnicos. Me encantó ser entrevistada por los principales críticos del país, porque en América no suelen honrar de esa manera a una mujer como yo».

³ En su autobiografía *Comédien, pourquoi pas?, que lleva como subtítulo: Marlene Dietrich, Jean Gabin, Robert Hossein, les autres...et moi (AJ, París 1994)*

⁴ La prueba de que Marlene Dietrich deseaba decir lo que dijo fue la publicación del libro por cuenta de autor, y luego en colaboración con Doubleday (EEUU).

Marlene Dietrich murió en París el 6 de mayo de 1992. Pero su mito sigue viviendo a través de sus películas y sus grabaciones que alimentan la leyenda entre los que la admiraron en su momento y entre los jóvenes sensibles a su fascinación. También, a través de actividades masivas, no todas de muy buen gusto, organizadas por su hija Maria, que no acaba de ajustar sus cuentas, sea en el magnífico Museo Marlene Dietrich creado en Berlín hace cinco años, o en emisiones televisivas y en diversas publicaciones. Por cierto que no debe ser fácil haber sido la hija de Marlene Dietrich.



Morocco

WITH
GARY COOPER
MARLENE DIETRICH
ADOLPHE MENJOU

DIRECTED BY JOSEF von STERNBERG



a Paramount Picture